

entera de la ciudad con arreglo a una norma de exquisito refinamiento.

En ese ambiente —y en el seno de una familia hidalga medianamente acomodada— nació en el año 1465 una niña, que recibió en la pila bautismal el nombre de Beatriz. Como la fortuna de los padres no era muy holgada y antes que ella habían venido al mundo varios hermanos, varones y hembras, que aseguraban la perpetuación del apellido Galindo de su progenitor, la niña fué destinada desde su nacimiento al convento, para el que su madre la preparó enseñándola las primeras letras y oraciones desde la más tierna infancia. La inteligencia y la memoria de la niña Beatriz Galindo eran tan vivas que parecía tenerlo todo aprendido milagrosamente, pues sin dificultad alguna retenía conceptos difíciles e interpretaba oscuros pasajes de los libros piadosos que su madre la leía.

Los hermanos mayores de Beatriz eran alumnos de la Universidad, y uno de ellos —Gaspar Grizio— destacaba en las aulas por su amor al estudio y su disposición innata para el Derecho, la Retórica y las lenguas clásicas. Por juego y diversión, el doncel don Gaspar se dirigía a su hermanita siempre en latín, y la niña le escuchaba atentamente, aprendiendo de viva voz las ricas inflexiones de la hermosa lengua. Entre la sorpresa de todos, no transcurrieron muchos meses sin que los diálogos fraternales se desarrollaran corrientemente en el idioma de Horacio. Y pronto la niña de ocho años ayudaba al estudiante en sus trabajos, interpretando de manera pasmosa los párrafos de Cicerón, Séneca o Quintiliano.

Ante aquella disposición portentosa de la niña para las Humanidades, los padres, sin dejar de proporcionarla la preparación religiosa y doméstica que su destino conventual exigía, accedieron a que el hermano la fuese

iniciando en más altos estudios. Una a una, todas las disciplinas del Trivium y el Quadrivium universitario fueron aprendidas por Beatriz. Retórica, Música, Historia, Humanidades y Derecho se mostraban sin secreto ante aquel cerebro infantil ávido de saber. Con tanta prisa absorbía las enseñanzas, que llegó un día en que don Gaspar se confesó impotente para aumentarlas. Todo cuanto a él le había costado ocho años de esfuerzos ímprobos, de atención apasionada a las explicaciones magistrales, de noches de claro en claro sobre los textos y las glosas, de meditación y sudor de sangre, la niña lo había aprendido, como jugando a aprender, en dos o tres. Era completamente imposible que él pudiera darla una lección más; pero también resultaría absurdo interrumpir en aquel punto la formación intelectual de Beatriz, sobre la cual la Providencia había derramado a manos llenas los más preciados dones espirituales.

Los padres escucharon atentos a Gaspar, y decidieron —sin variar de su intención primera de consagrar al claustro la gentil doncella de la chiquilla— aumentar el caudal de sus conocimientos, llamando a su casa a los más graves maestros de la Universidad. Como la fama de Beatriz Galindo —en las lenguas ponderativas de la grey escolar— había llegado hasta los profesores, todos se disputaron el honor de tenerla por discípula.

Inútilmente la modestia y el recato tratan de cortar las alas al vuelo esplendoroso de la virtud o el talento. Salamanca era una caracola de resonancia universal, y las promociones de bachilleres que anualmente salían de sus aulas expandían por toda España las noticias de aquella adolescente maravillosa. Ningún oído más atento a las palpitaciones del genio de la raza había en Castilla que el de la Reina Isabel. Ansiosa de dar a su Corte un esplendor digno de la grandeza que intuía para la Patria,